



Capítulo 324: ¿Nefilim? ¡JAJAJA!

Antes de que cualquiera de ellos pudiera dar el primer paso, el tiempo... se detuvo.

No literalmente... el aire todavía vibraba, el polvo todavía caía, el resplandor dorado todavía pulsaba como un segundo sol dentro de la prisión, pero para Sepphirothy y Sapphire, el mundo parecía suspender su propia lógica. Una nueva presencia dominó el espacio. Abrumador. Imposible de ignorar.

Algo había cruzado la luz.

Y luego, entre los dos, apareció.

Sin sonido. Sin previo aviso.

Vergil.

O.... aquello que usaba su cuerpo como trono.

Las cadenas ya habían desaparecido. Su piel irradiaba fragmentos dorados y divinos, como si se forjara con cada segundo. Su cabello flotaba ligeramente, tomado por reflejos plateados. ¿Sus ojos? Ya no eran los ojos del hombre que ambos conocían— eran globos de un blanco absoluto, atravesados por hendiduras doradas que bailaban como runas vivas.

No había aura demoníaca. Ni sagrado. Era una mezcla de ambos. Como mirar al abismo y sentir... como si el abismo estuviera mirando hacia atrás.





"Qué gracioso", dijo, mirando directamente a Sepphirothy. Su voz era doble... baja y alta al mismo tiempo, una desconcertante armonía de poder divino y perversión antigua. "Estaban planeando crear un Nephilim, malditas perras, JAJAJA."

Movió el brazo.

Una grieta. Una explosión dorada de pura fuerza espiritual.

Ambos actuaron al mismo tiempo.

El zafiro era más rápido... Ella giró, invocando una lanza en un movimiento circular, invocando una pared de fuego translúcida, antiguas runas corriendo por la superficie. El golpe chocó con el escudo y lo desgarró como papel, pero desvió el foco de la energía. El impacto arrancó trozos de la pared, agrietó el techo y abrió un cráter donde había estado el suelo.



Sepphirothy voló detrás de Vergil y lo golpeó con una patada lateral realzada por una abrumadora energía demoníaca. El impacto explotó bajo luz blanca.

Virgilio —o lo que fuera— fue lanzado varios pies, pero giró en el aire con la gracia de un dios y aterrizó de pie, deslizándose sobre los restos del suelo destruido. Un sendero dorado marcaba su camino.

"Haré huelga." Sin perder tiempo, Sapphire avanzó con precisión quirúrgica. Su lanza giraba como una estrella fugaz, perforando el espacio que la rodeaba con cada golpe. Ella era una de las guerreras más letales del Inframundo— e incluso ella... dudaba.

Virgilio detuvo la lanza con dos dedos.



Dos.

El metal sagrado se estremeció y dejó escapar un chillido. Los ojos de Zafiro se abrieron con sorpresa.

La empujó con un movimiento de muñeca, como si estuviera quitando el polvo.

Pero antes de que pudiera caer, Sephirothy ya estaba allí, moviéndose tan rápido como un rayo, invocando un conjunto de espadas de energía demoníaca que giraban a su alrededor. Una tras otra, las espadas volaron hacia su hijo poseído... cada una tenía suficiente energía demoníaca para cubrir un continente.

Virgilio levantó la mano.

Y las espadas... se detuvieron en el aire.

No por magia de restricción. Pero por pura voluntad.

Como si el espacio entre él y los proyectiles fuera... suyo.

"Sephirothy..." dijo, girando ligeramente la cabeza. "El primer demonio después de Lilith. El primero después del progenitor. "Qué broma."

Apretó el puño.

Las espadas explotaron formando partículas brillantes. Los ojos de Sephirothy se entrecerraron. Su mandíbula se apretó. Fue la primera vez en siglos que se sintió... en desventaja.





"Está en simbiosis con la entidad" Zafiro murmuró, ahora a su lado. "Esto no es sólo posesión. Es fusión. Lo que sea que haya ahí dentro... es nuevo."

"No importa lo que sea", respondió Sepphirothy, invocando su forma de combate. Las marcas en su cuerpo brillaban de color púrpura y dorado. Sus alas negras se extendieron violentamente. "Él sigue siendo mi hijo. Y todavía puedo sacarlo de esto si tengo que romper el universo en el proceso"

Zafiro hizo girar su lanza y la clavó en el suelo.

"Luego vamos encadenados. Esperaré. Golpeas." La voz de Zafiro atravesó el sonido de los escombros que caían como granizos.

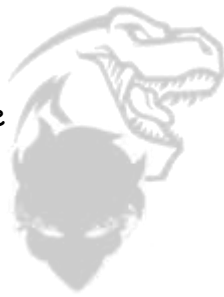
El suelo bajo sus pies vibraba como el corazón de una bestia a punto de despertar.

Y luego... el mundo se dividió en dos.

En el centro de la celda que se derrumbaba, rodeado por un círculo de brasas doradas y ceniza negra, Virgilio levantó los brazos y, con ese simple gesto, el Inframundo quedó en silencio.

No por la ausencia de sonido, sino porque incluso la realidad misma parecía detenerse como si algo inconmensurable estuviera a punto de suceder.

Su aura explotó hacia arriba, rompiendo el techo de la prisión en espirales de luz y oscuridad que se enrollaban como serpientes míticas, cruzando el cielo ensangrentado. Cada ola de energía que emanaba de su cuerpo alteraba el entorno que lo rodeaba —el suelo se derretía en obsidiana, mientras pilares





de mármol espectral brotaban de las paredes, como si el avión estuviera siendo reescrito a su alrededor.

Luego vino la grieta. Un sonido alto y primordial, como el sonido de una campana forjada por los dioses.

Desde el lado derecho de su cuerpo surgió un ala negra, demoníacamente palmeada, cubierta de venas incandescentes—pulsando con la energía del Caballero de la Muerte, del Infierno, de la Guerra. Con cada movimiento del ala, la ceniza revoloteaba como plumas carbonizadas. Fue la encarnación del colapso, de la carga, de la maldición.

Desde el lado izquierdo, un destello. Piel iluminada en líneas de oro vivo. El hueso y el músculo brillaban desde dentro, como tallados en el fuego celestial. Y entonces apareció un ala de luz pura, hecha de energía condensada, formada a partir de fragmentos flotantes —los fragmentos de Excalibur, brillando con símbolos arcanos mientras se reorganizaban en plumas divinas.



Un ser dividido entre mundos.

Ya no era Virgilio.

No era sólo la entidad.

Fue una fusión—un nuevo apocalipsis, una divinidad rota.

"Ven entonces..." Su voz resonó varias veces, como si hablara a través de todas las capas del tiempo y la realidad.



Sus ojos —uno dorado como el cielo y el otro negro como un eclipse total— ardían mientras miraban fijamente a los dos guerreros.

Vergil no necesitaba hablar. Su misma presencia presionó el aire como una nueva gravedad, distorsionando el medio ambiente, doblando la lógica de las fuerzas que mantenían unido a todo el Inframundo.

Levantó su espada—Yamato renació.

Ya no era sólo la espada del espacio. Vibraba en dos tonos simultáneos: un susurro angelical y un rugido abisal, resonando con capas de luz y oscuridad que se retorcían en su borde.

La realidad misma temblaba alrededor de la espada, como si intentara escapar de ella.

Y luego avanzó —rápido como el pensamiento, mortal como la profecía.

Zafiro apretó los dientes e invocó el Escudo Estelar, canalizando la luz de la Constelación Hécate para bloquear el golpe inminente. Pero en el instante en que sus pies se clavaron en el suelo y sintió el impacto que se avecinaba...

"¿Cuándo me ibas a decir que Virgilio era un maldito Nephilim?!" Zafiro gritó, en pleno pánico y furia, con la voz retumbando más fuerte que el trueno de la espada.

El golpe fue desviado—pero sólo a mitad de camino. El escudo se rompió en tres fragmentos luminosos y Zafiro voló diez pies hacia atrás, cayendo de rodillas.





"¡Yo pregunto!" Sepphirothy rugió y se giró para enfrentarse a su compañero en lugar del enemigo. "¿Cómo es que AMBOS no nos dimos cuenta de que se había convertido en un Nephilim?!"

Giró su lanza en círculos, creando un campo de antimateria para repeler el siguiente ataque de Virgilio—, pero sus ojos no estaban puestos en el enemigo. Estaban en su compañero. Su aliado. Su madre.

Virgilio atacó de nuevo—un corte lateral con una velocidad absurda.

Sepphirothy esquivó por puro instinto pero apenas levantó su lanza para bloquear; en cambio, se volvió hacia Sapphire con una expresión que era una mezcla de ira, culpa y agotamiento.

"¡Eres su madre, maldita sea!" El grito de Zafiro es más profundo que cualquier hoja. "¡Llevas la sangre de Lucifer y Lilith! ¿Cómo no viste que se estaba convirtiendo en un NEPHILIN DE MIERDA?!"



Zafiro saltó con furia y dolor en los ojos, con el cabello flotando en llamas etéreas.

"¡Deberías prestarle más atención a tu hijo, perra!" Avanzó hacia Vergil, no con la intención de atacar, sino con el grito atrapado en su garganta.

- ¿Qué voy a hacer, pequeña zorra? Le estabas dando ese coño antiguo hace unas semanas."

Levantó la lanza y, por primera vez, no apuntó a Virgilio. Ella apuntó a Sepphirothy.



Vergil hizo una pausa por un segundo, casi confundido.

"¿Quieres culparme?" Zafiro gritó, con la voz temblorosa por un nudo de emoción.

"¡Tú lo criaste! ¡Deberías saberlo mejor!"

Sepphirothy entrecerró los ojos y luego sonrió amargamente.

"Y no follar con el hijo de tu amigo también debería ser lo mínimo, pero aquí estamos"

Luego Zafiro escupió las palabras. "Estás celoso porque no fuiste tú quien tuvo tus entrañas bendecidas con ese tipo de allí" Señaló los pantalones de Corrupted Vergil.



En ese momento, Vergil se mudó nuevamente. Una barra diagonal de arriba a abajo. Ambos lo vieron— y reaccionaron juntos, casi reflexivamente, como lo habían hecho en el pasado. Sus poderes se fusionaron, repeliendo la hoja milímetros de sus caras. Pero ni siquiera se miraron. Ahora estaban en guerra. No con él. Con ellos mismos.

El nuevo Virgilio giró en el aire, flotando brevemente, con las alas extendidas en señal de juicio. No volvió a atacar.

Él los observó.

No como enemigo.

Pero como un padre que ve a sus hijas peleando por un legado maldito.



—Quieres detenerme... —Su voz resonó como una oración profanada, terciopelo y veneno mezclados en cada sílaba. "Pero ya estás derrotado. Os habéis perdido en vuestro propio miedo."

Ambos lo miraron fijamente... sin pestañear. Sin emoción. Sin prisas.

"¿Miedo?" La palabra salió al mismo tiempo, como un reflejo cínico.

Zafiro arqueó una ceja. ¿Dijo... miedo? Ella preguntó, como si estuviera analizando un mal chiste.

Sepphirothy chasqueó los dedos, haciendo girar su lanza como si estuviera aburrida. "Sí. Él dijo: Miedo." Ella sonrió lentamente, una risa demoníaca mezclada con desprecio. "Soy viejo, no sordo."

Zafiro cruzó los brazos. —Ah, sí... miedo Saboreaba la palabra como si fuera algo extraño en su boca. Ha pasado tanto tiempo que he olvidado cómo suena...

Sepphirothy inclinó la cabeza, como si escuchara algo distante. ¿Cuál es... la definición de miedo?

"Sí", añadió Sapphire, con los ojos brillantes de sarcasmo. "A mí también me gustaría saberlo..."

"¿Te vas tú o yo?" Zafiro preguntó, ya preparando su mano para provocar una explosión.

"No hay necesidad de ir." Sepphirothy sonrió y luego...





El mundo que los rodeaba tembló.

Un aura demoníaca, espesa y aguda como una corriente caliente, cayó sobre Virgilio.

Su cuerpo se estremeció y en un instante fue arrojado al suelo con tal fuerza que el suelo se agrietó bajo sus rodillas —se formó un cráter, como si el peso del juicio mismo estuviera siendo derribado sobre él.

"Pequeño gusano", murmuró Zafiro, caminando lentamente hacia él, con los ojos quemando oro. "No tienes nada que temer." Ella se agachó un poco, con su tono cargado de veneno y desprecio.

"Porque, verás... ¿qué cree un mago que puede hacerle al cuerpo de un guerrero, aparte de ser golpeado hasta la muerte?"

"Exactamente." Sepphirothy apareció detrás de él, susurrando bruscamente al oído del corrupto. "Ni siquiera sabes manejar tu propio cuerpo. La única razón por la que no te hemos atacado antes es porque este sigue siendo el cuerpo de Vergil."

Se inclinó ligeramente, su aliento como hielo antiguo. Tener poder... y tener experiencia... son dos cosas completamente diferentes

Vergil intentó moverse—pero el Yamato tembló en su mano. Y entonces Sepphirothy agarró la espada. No se resistió.

"Primero", dijo, levantando la espada frente a su cara. "Ni siquiera sabes usar una espada. Yamato, deja de escuchar a este impostor. Tu verdadero maestro podría matar con los ojos cerrados. Este..." Ella lo miró con puro desprecio. "Ni siquiera lastimaría a un niño que llorara."



"En segundo lugar", continuó, haciendo girar la cuchilla con facilidad, "pensando que tener tanta potencia... sin saber cómo usarla... es lo mismo que no tener potencia en absoluto"

Le tendió el Yamato a Sapphire, quien lo tomó con una sonrisa cruel.

"Ni siquiera tu propia espada te respeta." Dijo Sapphire, haciendo girar la espada con la familiaridad de alguien que la había enfrentado antes— y sobrevivió. "Imagina quién está ahí mirándote. Atrapado contigo."

Ella se rió suavemente. Una risa que dolió más que cualquier hechizo.

"¿Qué tal si lo cortamos hasta que Vergil despierte?"

"Un gusano como tú nunca consideraría esa posibilidad..."

Sepphirothy terminó, caminando lentamente a su alrededor como un depredador.

Sus sonrisas crecieron. Lento. Sincronizado. Salvaje.

Y en ese momento, "Vergil", el falso dios entre la luz y la oscuridad, se enfrentó a algo que ni siquiera los infiernos estaban preparados para contener.

No eran heroínas.

No eran salvadores.



Eran demonios con demasiadas cicatrices para sentir lástima.

